Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

BERTRAND RUSSELL

LOS FINES DE LA EDUCACIÓN

Robert E. Egner, Lester E. Denonn. "Bertrand Rusell Premio Nobel 1950. Escritos Básicos 1903-1959" Ed. Aguilar. Estado de México, México. 1973. pp. 604- 628

Edición original "The basic writings of Bertrand Russell 1903 1959", George Allen & Undwin Ltd 1961 (Capitulo 46)

Antes de considerar cómo educar, conviene aclarar la clase de resultados que deseamos conseguir. El doctor Arnold deseaba una "humildad de la mente", cualidad no poseída por el "hombre magnánimo" de Aristóteles. El ideal de Nietzsche no es el del cristianismo. Tampoco lo es el de Kant; porque, mientras Cristo predica el amor, Kant enseña que ninguna acción cuyo móvil sea el amor puede ser verdaderamente virtuosa. E incluso personas que convienen en cuanto a los ingredientes de un buen carácter, pueden diferir acerca de su importancia relativa. Un hombre puede subrayar el valor, otro, el saber, otro más la bondad, aquél la rectitud. Un hombre como Lucio Bruto antepondrá el deber con respecto al Estado al cariño familiar; Confucio pondrá en primer término este cariño familiar. Tales divergencias producirán diferencias en el terreno de la educación. Debemos tener alguna idea de la clase de persona que deseamos producir, antes de que podamos formar una opinión definida respecto a la educación que consideramos mejor.

Naturalmente, un educador puede resultar insensato, al lograr resultados distintos a aquellos que se proponía. Uriah Heep fue el producto de lecciones de humildad en tina escuela de caridad; lecciones que produjeron un efecto completamente distinto del que se proponían. Pero, en lo fundamental, los educadores más capaces han tenido bastante éxito. Tómense como ejemplo a los literatos chinos, los modernos japoneses, los jesuitas, el doctor Arnold y los hombres que dirigen las escuelas públicas norteamericanas: Todos ellos, en sus diversas maneras, han tenido mucho éxito. Los resultados que se buscaban en los diferentes casos eran completamente distintos, pero en lo fundamental se lograron. Puede que valga la pena detenerse unos momentos para examinar estos sistemas diferentes, antes de pasar a decidir cuáles deben ser, a nuestro parecer, los fines que se proponga la educación,
La educación china tradicional, en algunos aspectos, fue muy similar a la de Atenas en sus mejores tiempos. A los chicos atenienses se les hacía aprender de memoria a Homero, de cabo a rabo; a los niños chinos se les enseñaba los clásicos confucianos con similar meticulosidad. A los atenienses se les enseñaba una clase de reverencia a los dioses, que consistía en observancias exteriores y no ponía ninguna barrera en el camino de la libre especulación intelectual. De manera similar, a los chinos se les enseñaban ciertos ritos relacionados con el culto a los antepasados, pero en modo alguno se les obligaba a sustentar creencias que aquellos ritos pareciesen implicar. La actitud que se esperaba de un adulto educado era la de un desenvuelto y elegante escepticismo todo podía discutirse, pero era un poco vulgar llegar a conclusiones demasiado positivas. Las opiniones debían ser de tal índole que pudieran discutirse agradablemente en el curso de una cena, no de esa otra clase que impulsa a los hombres a luchar por ellas. Carlyle llama a Platón "señorial caballero ateniense, muy a su gusto en Sión". Esta característica de estar "muy a su gusto en Sión" se encuentra también en los sabios chinos, y, por regla general, está ausente en los producidos por las civilizaciones cristianas, excepto cuando, como Goethe, han absorbido hondamente el espíritu del helenismo. Los atenienses y los chinos, por igual, deseaban gozar de la vida, y tenían un concepto del goce refinado por un exquisito sentido de la belleza.

Sin embargo, había grandes diferencias entre ambas civilizaciones, debido a que, hablando de manera muy general, los griegos eran enérgicos y los chinos indolentes. Los griegos vertieron su energía en el arte, la ciencia y el exterminio mutuo en todo lo cual alcanzaron éxito sin precedentes. La política y el patriotismo ofrecían salidas prácticas a la energía griega: cuando un político era desterrado, se ponía a la cabeza de una banda de exiliados para atacar a su ciudad nativa. Cuando un funcionario chino caía en desgracia, se retiraba a las colinas y escribía poemas sobre los placeres de la vida campestre. Por consiguiente, la civilización griega se destruyó a sí misma, pero la civilización china solo podía ser destruida desde fuera. Estas diferencias, no obstante, no parece que puedan atribuirse por entero a la educación, ya que

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

el confucianismo en el Japón nunca produjo el indolente y cultivado escepticismo que caracterizó a los literatos chinos, excepto en la nobleza de Kyoto, que constituía una especie de Faubourg Saint Germain.

La educación china produjo estabilidad y arte; no logró producir progreso o ciencia. Quizá puede tomarse esto como ejemplo de lo que cabe esperar del escepticismo. Las creencias apasionadas producen progreso o desastre, pero no estabilidad. La ciencia, incluso cuando ataca a las creencias tradicionales, tiene creencias propias, y difícilmente puede florecer en una atmósfera de escepticismo literario. En un mundo pugnaz que ha sido unificado por los inventos modernos, se necesita energía para la autoconservación nacional. Y sin la ciencia, es imposible la democracia: la civilización china estuvo confinada al reducido porcentaje de hombres educados, y la civilización griega se basó en la esclavitud. Por estas razones, la educación tradicional de China no concuerda con el mundo moderno y ha sido abandonada por los propios chinos. Los cultivados caballeros dieciochescos, que en algunos aspectos se asemejaron a los literatos chinos, resultan ya imposibles por las mismas razones.

El moderno Japón ofrece la ilustración más clara de una tendencia prominente entre todas las grandes potencias; la tendencia a hacer de la grandeza nacional el propósito supremo de la educación. La finalidad de la educación japonesa consiste en producir ciudadanos del Estado, mediante el adiestramiento de sus pasiones, y útiles al mismo, mediante los conocimientos adquiridos. No es posible elogiar suficientemente la habilidad con que se ha perseguido esta doble finalidad. Desde la llegada de la escuadra del comodoro Perry, los japoneses se encontraron en una situación en que resultaba muy difícil la autoconservación. Su éxito proporciona una justificación de tales métodos, a menos que sostengamos que la autoconservación puede ser culpable de por sí. Pero solo una situación desesperada podría haber justificado tales métodos educativos, que en cualquier nación que no se hallase en peligro inminente serían censurables. La religión sintoísta, que no puede ponerse en tela de juicio ni siquiera por parte de profesores universitarios, implica una historia que resulta tan dudosa como el Génesis; el proceso de Dayton palidece hasta la insignificancia, al lado de la tiranía teológica en Japón. Existe también una tiranía ética semejante; el nacionalismo, la piedad filial, el culto al Mikado, etc., son cosas que deben ponerse en tela de juicio y, por consiguiente, apenas son posibles muchas clases de progreso. El gran peligro que encierran estos sistemas férreos radica en que pueden provocar la revolución como único medio de progreso. Es éste un peligro real, aunque no inmediato, y fundamentalmente lo provoca el sistema educativo.

Así, pues, tenemos en el moderno Japón un defecto opuesto al de la antigua China. Mientras los literatos chinos eran escépticos e indolentes en demasía, los productos de la educación japonesa es probable que sean demasiado dogmáticos y enérgicos.

Ni la aquiescencia al escepticismo, ni la aquiescencia al dogma, es lo que debe producir la educación. Lo que debe producir es la creencia de que el conocimiento es asequible en cierta medida, aunque con dificultad; que mucho de lo que pasa por conocimiento en un momento dado es probable que esté más o menos en el error, pero que el error puede rectificarse mediante el cuidado y la laboriosidad. Al actuar sobre nuestras creencias, debemos ser muy cautelosos allí donde un pequeño error significaría un desastre; sin embargo, es sobre nuestras creencias como debemos actuar. Tal estado de ánimo es más bien difícil de alcanzar; requiere un elevado grado de cultura intelectual sin atrofia emocional. Pero, aunque difícil, no es imposible; este es en realidad el temperamento científico. El conocimiento, como otras cosas buenas, es difícil, pero no imposible; el dogmático olvida la dificultad, el escéptico niega la posibilidad. Ambos están equivocados, y sus errores, si se propagan, provocan el desastre social.

Los jesuitas, como los japoneses modernos, cometieron el error de subordinar la educación al fomento de una institución, en su caso, la Iglesia católica. No les interesaba primariamente el bien del discípulo en particular, sino convertirlo en instrumento para el bien de la Iglesia. De aceptar su teología, no podemos censurarles: salvar almas del Infierno es más importante que toda empresa meramente terrenal, y solo se logrará mediante la Iglesia católica. Pero quienes no admitan este dogma, juzgarán a la educación jesuita por sus resultados. Estos, en verdad, fueron algunas veces tan indeseados como en el caso de Uriah Heep: Voltaire fue un producto de los métodos jesuitas. Pero, en general, y durante largo tiempo, se lograron los resultados apetecidos; la contrarreforma y el colapso del protestantismo en Francia deben atribuirse principalmente a los esfuerzos de los jesuitas. Para alcanzar estos fines, hicieron sentimental al arte,

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

superficial al pensamiento y relajada a la moral. Al final, fue precisa la Revolución francesa para borrar el daño que habían causado. En el terreno de la educación, su crimen consistió en que no les impulsaba el amor a sus discípulos, sino fines ulteriores.

El sistema del doctor Arnold que ha permanecido vigente hasta nuestros internados británicos, adolecía de otro defecto a saber: que era aristocrático. Su finalidad consistía en preparar hombres pata los puestos autoridad y poder, ya fuese en la madre patria o en lejanas partes del imperio. Una aristocracia, para sobrevivir, necesita ciertas virtudes, y esas virtudes tenían que inculcarse en la escuela. El producto había de ser enérgico, estoico, físicamente apto, imbuido de ciertas creencias inalterables, con altos principios de rectitud, y convencido de que tenía una importante misión en el mundo Estos resultados se consiguieron en una proporción científica asombrosa. Se sacrificó a ellos el intelecto, porque el intelecto podría producir la duda. Se sacrificó también la simpatía, porque podía inmiscuirse en la forma de gobernar a razas o clases "inferiores" la bondad fue asimismo en aras de la dureza; la imaginación, en aras de la firmeza. En un mundo inmutable, el resultado podría haber sido una aristocracia permanente, poseyendo los méritos y los defectos de los espartanos. Pero la aristocracia está anticuada, y las poblaciones sometidas ya no obedecerán ni a los gobernantes más sabios y virtuosos. Los gobernantes son impulsados a la brutalidad, y la brutalidad fomenta la revuelta. La complejidad del mundo moderno exige cada vez más inteligencia, y el doctor Arnold sacrificó la inteligencia a la "virtud". Puede que la batalla de Waterloo se ganase en los campos de juego de Eton, pero el Imperio británico se está perdiendo allí. El mundo moderno necesita un tipo diferente, con más simpatía imaginativa, más flexibilidad intelectual, menos creencia en un valor de bull-dog y más fe en el conocimiento técnico. El administrador del futuro debe ser un servidor de ciudadanos libres, no un gobernante benévolo de súbditos admirativos. La tradición aristocrática incrustada en la educación superior británica es su ruina. Quizá pueda eliminarse gradualmente esa tradición; quizá las antiguas instituciones educativas se muestren incapaces de adaptarse. No aventuro ninguna opinión al respecto.

Las escuelas públicas norteamericanas dan cima con éxito a una tarea jamás intentada anteriormente en gran escala: la tarea de transformar una heterogénea selección de humanidad en una nación homogénea. Se realiza esto de manera tan capaz, y representa, en general un trabajo tan provechoso que en resumidas cuentas debemos un gran elogio a quienes lo realizan. Pero Norteamérica, como Japón, se hallan en una situación singular, y lo que justifican unas circunstancias especiales no constituye necesariamente un ideal que haya de ser seguido siempre y en todas partes. Norteamérica ha tenido ciertas ventajas y ciertas dificultades. Entre las ventajas, se cuentan un elevado nivel de riqueza; inexistencia del peligro de derrota en una guerra; relativa ausencia de tradiciones paralizadoras heredadas de la Edad Media. Los inmigrantes encuentran en Norteamérica un sentimiento generalmente difundido de democracia y un avanzado estado de técnica industrial. Creo que éstas son las dos razones principales por las cuales casi todos ellos llegaron a admirar a Norteamérica más que a sus países nativos. Pero los inmigrantes actuales, por regla general, conservan el patriotismo dual; en las contiendas europeas, continúan tomando partido apasionadamente por la nación a la cual pertenecieron originariamente. Sus hijos, por el contrario, pierden toda lealtad hacia el país de de donde proceden sus padres, y se convierten mera y simplemente en norteamericanos. La actitud de los padres es atribuible a los méritos generales de Norteamérica; la de los hijos está determinada principalmente por la educación recibida en la escuela. Es la aportación de la escuela lo único que nos interesa ahora.

En tanto que la escuela pueda confiar en los méritos genuinos de Norteamérica, no hay necesidad de asociar la enseñanza del patriotismo norteamericano con la inculcación de falsas normas. Pero allí donde el viejo mundo resulta superior al nuevo, se hace necesario inculcar el desdén hacia la excelencia auténtica. El nivel intelectual en Europa occidental y, el nivel artístico en Europa oriental son, en general, más elevados que en Norteamérica. En toda Europa occidental, con exclusión de España y Portugal, hay menos superstición teológica que en Norteamérica. En casi todos los países europeos, el individuo está menos sujeto a la dominación gregaria que en Norteamérica, su libertad interior es mayor, incluso allí donde es menor su libertad política. En estos aspectos, las escuelas públicas norteamericanas causan daño. El daño es esencial a la enseñanza de un exclusivo patriotismo norteamericano. El daño, como en el caso de o japoneses y los jesuitas, proviene de considerar a los discípulos como medios para un fin, no como fines en sí mismo, El maestro debe amar a los niños más que a su Estado o a su Iglesia; de otro modo, no es un maestro ideal.

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

Cuando digo que debería considerarse a los discípulos como fines, no como medios, me expongo a que se me replique que, después de todo, todo el mundo es más importante como medio que como fin. Lo que el hombre es como fin perece cuando muere; lo que produce como medio continúa hasta el fin de los tiempos. No podemos negar esto, pero sí las consecuencias que de ello se deducen. La importancia de un hombre como medio puede ser para bien o para mal, los efectos remotos de las acciones humanas son tan inciertos, que el hombre prudente tenderá a prescindir de ellos en sus cálculos. Hablando de manera muy amplia, los hombres buenos producen efectos buenos, y los hombres malos producen efectos malos. Naturalmente, ésta no es una inmutable ley de la naturaleza. Un hombre malo puede asesinar a un tirano, porque haya cometido crímenes que el tirano intente castigar; los efectos de su acción pueden ser buenos, aunque él y su acción sean malos. Sin embargo, como regla general muy amplia, una comunidad de hombres y mujeres que sean intrínsecamente excelentes producirá mejores efectos que otra compuesta por personas que sean ignorantes y malévolas. A partir de tales consideraciones, los niños y la gente joven perciben instintivamente la diferencia entre aquellos que les desean bien y quienes los consideran meramente como materia prima para algún proyecto. Ni el carácter ni la inteligencia se desarrollarán tan bien ni tan libremente si el maestro carece de amor, y el amor de esta clase consiste esencialmente en *percibir* al niño como fin. Todos tenemos este sentimiento: deseamos para nosotros las cosas buenas, sin exigir primero una prueba de que se fomentará algún gran propósito al obtener aquéllas. Todo padre o madre normalmente cariñoso experimenta lo mismo respecto a sus hijos. Los padres desean que sus hijos crezcan, que sean fuertes y saludables, que prosperen en la escuela, y así sucesivamente; es decir, las mismas cosas que desean para sí mismos; y en la preocupación por esas cosas, no está implícito ningún esfuerzo de abnegación, ningún abstracto principio de justicia. Ese instinto paternal no siempre está estrictamente confinado a los hijos de uno. En su forma difusa, debe existir en todo el que vaya a ser un buen maestro de niños y niñas. A medida que los discípulos crecen, ese instinto va perdiendo importancia. Pero solo a quienes lo posean se les puede confiar proyectos educativos. Quienes lo consideren como uno de los propósitos de la educación viril, para producir hombres dispuestos a matar y a morir por razones frívolas, carecen claramente de ese difuso sentimiento paternal. No obstante, son ellos quienes controlan la educación en todos los países civilizados, excepto en China y Dinamarca.
Pero no es suficiente que el educador ame a los niños; también es necesario que tenga una concepción justa de la excelencia humana. Los gatos enseñan a sus cachorros a capturar ratones y jugar con ellos; los militaristas hacen lo mismo con los tiernos seres humanos. El gato ama a los cachorrillos, pero no al ratón; el militarista puede que ame a su propio hijo, pero no a los hijos de los enemigos de su país. Hasta los que aman a toda la humanidad pueden errar, en virtud de un concepto equivocado de lo que debe ser una vida buena y justa. Por consiguiente, antes de seguir adelante, trataré de dar una idea de lo que considero excelente en hombres y mujeres, completamente al margen de todo practicismo o de los métodos educativos mediante los cuales podría dársele existencia. Ese cuadro nos ayudará después, cuando entremos a considerar los detalles de la educación; conoceremos la dirección en que deseamos movernos.

Pero antes tenemos que hacer una distinción: unas cualidades son deseables en cierta proporción de la humanidad, otras son deseables universalmente. Necesitamos artistas, pero también necesitamos hombres de ciencia. Necesitamos grandes administradores, pero también necesitamos labradores y molineros y panaderos. Las cualidad es que producen un hombre de gran eminencia en una dirección determinada son a menudo de tal índole, que podrían resultar indeseables si tuviesen carácter universal. Shelley describe la labor cotidiana de un poeta, de la manera siguiente:

He will watch from dawn to gloom

The lake-reflected sun illume

The yellow-bees in the ivy bloom.

Nor heed nor see what things they be.

Observará desde el alba hasta el anochecer / al sol en el lago reflejado iluminar / las doradas abejas en la flor de la yedra/ sin preocuparse ni ver qué cosas son.

Tales hábitos son elogiables en un poeta, pero no por ejemplo en un cartero. Así, pues, no podemos estructurar nuestra educación con vistas a dotar a todo el mundo con el temperamento de un poeta. Sin

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

embargo, algunas características son universalmente deseables, y son éstas solamente las que consideraré en esta fase.

No hago ningún distingo entre la excelencia masculina y la femenina. Cierto grado de preparación profesional es deseable en una mujer que ha de cuidar niños de corta edad, pero eso solo implica la misma clase de diferencia que existe entre un granjero y un molinero. No es en modo alguno fundamental, y no exige ser considerada en nuestro actual nivel.
Tomaré cuatro características que, conjuntamente, me parece forman la base de un carácter ideal: vitalidad, valor, sensibilidad, e inteligencia. No sugiero que esta lista este completa, pero creo que nos lleva bastante lejos. Además, creo firmemente que, mediante el conveniente cuidado físico, emocional e intelectual de los niños, esas cualidades podrían lograrse que fuesen muy comunes. Las examinaré una por una.

La vitalidad es más bien una característica fisiológica que mental. Presumiblemente, siempre está presente allí donde hay perfecta salud, pero tiende a disminuir con los años, y gradualmente se reduce a la nada en la vejez. En los niños vigorosos, se eleva rápidamente al máximo antes de que alcancen la edad escolar, y luego tiende a disminuir con la educación. Cuando existe, resulta un placer sentirse vivo, enteramente aparte de toda circunstancia específica y agradable. Aumenta el placer y aminora el dolor. Hace fácil interesarse por todo lo que ocurre, y así fomenta la objetividad, que es esencial para la cordura. Los seres humanos tienden a absorberse en sí mismo, incapaces de interesarse por lo que ven y oyen, o por cualquier otra cosa que no sea su propia piel. Constituye esto una gran desgracia para ellos, puesto que implica, en el mejor de los casos, aburrimiento, y, en el peor, melancolía. También representa una barrera fatal para ser útiles, salvo en casos muy excepcionales. La vitalidad fomenta el interés por el mundo exterior; también fomenta la potencialidad del trabajo intenso. Además, es una salvaguardia contra la envidia, porque hace agradable nuestra propia existencia. Como la envidia es una de las grandes fuentes de las miserias humanas, constituye éste un mérito muy importante de la vitalidad. Naturalmente, hay muchas cualidades malas que son compatibles con la vitalidad, por ejemplo, las de un tigre saludable. Y muchas de las mejores cualidades son compatibles con su ausencia: Newton y Locke, por ejemplo, tenían muy poca. Sin embargo, estos dos hombres adolecían de irritabilidades y envidias de las cuales les habría librado un mejor estado de salud. Probablemente, toda la controversia de Newton con Leibniz, que arruinó las matemáticas inglesas durante más de cien años, se habría evitado si Newton hubiese sido un hombre robusto y capaz de disfrutar de los placeres corrientes. Así, pues, y a despecho de sus limitaciones, considero la vitalidad como una de las cualidades que importa posean todos los hombres.

El valor —la segunda cualidad en nuestra lista— reviste diversas formas, y todas ellas complejas. Ausencia de miedo es una cosa, y capacidad para dominar el miedo es otra. Y, a su vez, la ausencia de miedo es una cosa cuando el miedo es racional, y otra cuando es irracional. La ausencia de miedo irracional es evidentemente buena, y también lo es la capacidad para dominar el miedo. Pero la ausencia de miedo racional es cuestión que admite la controversia. Sin embargo, pospondrá esta cuestión hasta que haya dicho algo respecto a las otras formas del valor.

El miedo irracional desempeña un papel extraordinariamente importante en la instintiva vida emocional de la mayoría de la gente. En sus formas patológicas, como la manía persecutoria, el complejo de ansiedad, o cualquier otra manifestación de este tipo, el miedo irracional es incumbencia de los alienistas. Pero, bajo formas más suaves, es corriente entre aquellos a quienes se considera sanos. Puede adoptar la forma de un sentimiento general de la existencia de peligros por todas partes, denominado más correctamente "ansiedad", o bien la de un temor específico respecto a cosas que no son peligros as, tales como ratones o arañas[1]. Solía suponerse que muchos temores eran instintivos, pero esto lo ponen ahora en tela de juicio la mayoría de los investigadores. Evidentemente, hay algunos temores instintivos —por ejemplo, el temor a los ruidos estruendosos—, pero la inmensa mayoría tienen su origen en la experiencia o la sugestión. El miedo a la oscuridad, por ejemplo, parece deberse enteramente a la sugestión. Hay razones para pensar que los vertebrados no experimentan generalmente miedo instintivo de sus enemigos naturales, sino que reciben esta emoción de sus mayores. Cuando los seres humanos los llevan de la mano, muchos temores usuales entre la

[1] Sobre el temor y la ansiedad en la infancia, véase, por ejemplo, la obra de William Stern: *Psychology of Early Childhood*, capítulo XXXV. (George Allen & Unwin, Ltd., 1924.)

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

especie se comprueba que desaparecen. Pero el temor es extremadamente contagioso, y los niños lo captan de sus mayores, incluso cuando éstos no se percatan de haberlo manifestado. La timidez en las madres o las niñeras es rápidamente imitada por los niños a través de la sugestión. Hasta ahora, los hombres han juzgado atractivo en las mujeres el que estén llenas de terrores irracionales, porque ello daba a los hombres la oportunidad de darse aires de protectores, sin correr ningún peligro auténtico. Pero los hijos de esos hombres han adquirido los terrores de sus madres, y después han tenido que ser educados para recuperar un valor que no tenían necesidad de haber perdido nunca, si sus padres no hubieran experimentado el deseo de despreciar a sus madres. El daño causado por el sometimiento de las mujeres es incalculable. Esta cuestión del temor sólo permite una ilustración incidental.

Por el momento, no estoy discutiendo los métodos mediante los cuales pueden minimizarse el temor y la ansiedad. Esta es una cuestión que abordare más adelante. Sin embargo, hay otra que surge en esta fase, a saber, ¿podemos darnos por satisfechos tratando el miedo por medio de la represión o debemos buscar un remedio más radical? Tradicionalmente, las aristocracias han sido educadas para no manifestar temor, mientras las naciones, las clases y el sexo sometidos han sido estimulados para persistir en la cobardía. La prueba del valor ha sido crudamente behaviorista: un hombre no debe huir del campo de batalla; tiene que ser eficiente en los deportes "viriles"; ha de conservar la sangre- fría en caso de incendio, naufragio, terremoto, etc. No debe limitarse simplemente a hacer lo correcto, sino que ha de procurar no palidecer, ni temblar, ni perder el aliento, ni dar cualquier otro signo de temor fácilmente observable. Todo esto lo considero de gran importancia, y me gustaría que se cultivase el valor en todas las naciones, en todas las clases y en ambos sexos. Pero, cuando el método adoptado es represivo, lleva consigo los males usualmente asociados con esa práctica. La vergüenza y el deshonor han sido siempre armas poderosas para producir la apariencia del valor; pero en realidad meramente causan un conflicto de terrores, en el que se abriga la esperanza de que el temor a la condena pública resulte más fuerte. "Di siempre la verdad, excepto cuando haya algo que te asuste", fue una máxima que me enseñaron cuando era niño. No puedo admitir esa excepción. El temor debe dominarse no solo en la acción, sino también en el sentimiento; y no solo en el sentimiento consciente, sino también en el inconsciente. La victoria puramente externa sobre el temor, que satisface al código aristocrático, deja soterrado el impulso operativo y produce reacciones malas y retorcidas que no son reconocidas como hijas del terror. No estoy pensando en la "psiconeurosis del soldado", cuya conexión con el temor es obvia. Mas bien estoy pensando en todo el sistema de opresión y crueldad mediante el cual tratan de conservar su ascendencia las castas dominantes. Cuando recientemente, en Shanghái, un oficial británico ordenó que se disparase por la espalda, sin previo aviso, contra cierto número de estudiantes chinos desarmados, lo hizo obviamente impulsado por el miedo, lo mismo que el soldado que huye del campo de batalla. Pero las aristocracias militares no son lo bastante inteligentes para buscar el origen de tales actos en su fuente psicológica; más bien los consideran como demostración de firmeza y del espíritu adecuado.

Desde el punto de vista de la psicología y la fisiología, el temor y la ira son emociones estrechamente análogas; el hombre que siente cólera no está poseído por la más elevada clase de valor. La crueldad invariablemente desplegada en la represión de insurrecciones de negros, rebeliones comunistas y otras amenazas a la aristocracia, es un brote de cobardía y merece el mismo desprecio con que se miran las formas ms obvias de ese vicio. Creo que es posible educar a los hombres y mujeres corrientes de tul forma que sean capaces de vivir sin temor. Hasta ahora, solo unos cuantos héroes y santos han logrado semejante vida; pero lo que ellos han hecho, otros podrían hacerlo si se les mostrara el camino.

Para la clase de valor que no consiste en la represión, ha de combinarse cierto número de factores. Para empezar por los más humildes: la salud y la vitalidad son muy útiles, aunque no indispensables. La práctica y la habilidad en situaciones peligrosas son muy deseables. Pero cuando venimos a considerar, no el valor bajo este o aquel aspecto, sino el valor en general, entonces se necesita algo más importante. Lo que se necesita es una combinación de respeto propio con un concepto impersonal de la vida. Empezando por el respeto propio, diremos que unos hombres viven desde dentro, mientras otros son meros espejos de lo que sienten y dicen sus prójimos. Los últimos nunca pueden tener verdadero valor; necesitan admiración y les acosa el temor a perderla. La enseñanza de la "humildad", que solía juzgarse deseable, era el medio de producir una forma pervertida de este mismo vicio. La "humildad" suprimía el respeto propio, pero no el deseo, de ser objeto del respeto de los demás; hacía de la autohumillación nominal un simple medio para adquirir crédito. Así producía la hipocresía y la falsificación del instinto. A los niños se les enseñaba una

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

sumisión irrazonable, y éstos procedían a exigirla cuando crecían. Se decía que solo quienes han aprendido a obedecer saben mandar. Lo que sugiero es que nadie aprenda a para que nadie aprenda a mandar. Naturalmente, no quiero decir que no deba haber dirigentes en las empresas; pero su autoridad debe ser como la del capitán de un equipo de fútbol, que se soporta voluntariamente para alcanzar un fin común. Nuestros fines deben ser solamente nuestros, no resultado de una autoridad exterior, y nuestros propósitos no deben imponerse jamás a otros por la fuerza. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que nadie debería mandar y nadie debería obedecer.

Hay otra cosa que requiere el valor en grado sumo, y es lo que acabo de llamar un concepto impersonal de la vida. El hombre cuyos temores y esperanzas se centran en sí mismo, difícilmente puede ver la muerte con ecuanimidad, puesto que extingue todo su universo emocional. De nuevo nos encontramos aquí con una tradición que preconiza un medio de represión fácil y barato: el santo debe aprender a renunciar al Yo, debe mortificar la carne y olvidar los goces instintivos. Esto puede hacerse, desde luego, pero sus consecuencias son malas. Habiendo renunciado al placer para sí mismo, el santo ascético también renuncia al placer para los demás, lo cual es más fácil. Persiste soterrada la envidia, y le lleva a adoptar el punto de vista de que el sufrimiento es ennoblecedor y que, por lo tanto, puede infligirse legítimamente. De aquí nace una total inversión de valores: lo que es bueno se tiene por malo y lo que es malo se tiene por bueno. El origen de todo el daño está en que se ha buscado una vida justa y buena en la obediencia a un imperativo negativo, no en el desarrollo y expansión de los instintos y deseos naturales.

Hay ciertas cosas en la naturaleza humana que nos llevan más allá del Yo sin esfuerzo. La más común dé ellas es en particular el amor paternal, que en algunos está tan generalizado como para abarcar a toda la especie humana. Otra es el conocimiento. No hay razón para suponer que Galileo fuese particularmente benévolo. Sin embargo, vivió para un fin que su muerte no venció. Otra es e1arte. Pero, en realidad, todo interés por algo al margen del propio cuero de un hombre, hace su vida impersonal en ese mismo grado. Por esta razón, y por paradójico que pueda parecer un hombre cuyo interés tenga un carácter amplio y vívido encuentra menos difícil afrontar la vida que un miserable hipocondriaco cuyo interés se limita a sus propias dolencias. Así, pues, la perfección del valor se encuentra en el hombre cuyo interés es de carácter múltiple, que siente que su Yo no es sino una minúscula parte del mundo; no despreciándose a sí mismo, sino valorando mucho de lo que no es él mismo. Esto apenas puede suceder, salvo allí donde el instinto es libre y activa la inteligencia. De la unión de ambos, surge una comprensión de perspectiva desconocida tanto para el voluptuoso como para el ascético, y, para semejante perspectiva, la muerte personal parece asunto trivial. Tal valor es positivo e instintivo, no negativo y represivo. Ése es el valor de sentido positivo que yo considero uno de los ingredientes fundamentales de un carácter perfecto.

La sensibilidad, tercera cualidad de nuestra lista, es en cierto sentido un correctivo del mero valor. La conducta valerosa es más fácil para el hombre que no se percata de los peligros, pero semejante valor puede a menudo ser estúpido. No podemos considerar satisfactoria ninguna manera de actuar que dependa de la ignorancia o el olvido. El conocimiento y la comprensión más plenos, en la medida de lo posible, son parte esencial de lo que es deseable. Sin embargo, el aspecto cognoscitivo cae bajo la rúbrica de la inteligencia; la sensibilidad, en el sentido en que estoy empleando el término, pertenece a las emociones. Una definición puramente teórica sería la de que una persona es emocionalmente sensitiva, cuando muchos estímulos producen emociones en ella; pero, tomada de forma tan amplia, la cualidad no es necesariamente buena. Para que la sensibilidad sea buena, la reacción emocional debe ser en cierto modo apropiada; la mera intensidad no es lo que se necesita. La cualidad a que me refiero es la de ser afectado agradablemente, o a la inversa, por muchas cosas, y por las cosas adecuadas. Tratará de explicar cuáles son esas cosas adecuadas. El primer paso, que la mayoría de los niños dan alrededor de los cinco meses de edad, consiste en pasar de simples placeres sensitivos, como los que proporcionan los alimentos y la sensación de abrigo, al placer de la aprobación social. Este placer, tan pronto como se suscita, se desarrolla muy rápidamente; todo niño ama la alabanza y detesta la censura. Usualmente, el deseo de que se piense bien de uno sigue siendo uno de los móviles predominantes durante toda la vida. Es, ciertamente, muy valioso como estímulo para una conducta agradable, y como restricción de los impulsos de avidez. Si fuésemos más sabios respecto a los objetos de nuestra admiración, podría ser mucho más valioso. Pero, mientras los héroes más admirados sean aquellos que hayan matado el mayor número de gentes, la apetencia de admiración no puede ser por sí sola adecuada para una existencia justa y buena.

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

La siguiente fase en el desarrollo de una forma de sensibilidad deseable es la simpatía. Hay una *simpatía puramente física*: un niño llorará porque vea llorar a un hermano o una hermana. Supongo que esto proporciona la base para los desarrollos ulteriores. Las dos ampliaciones que se necesitan son: primero, sentir simpatía incluso cuando el doliente no es objeto de especial cariño; segundo, sentirla cuando simplemente se sabe que el sufrimiento está ocurriendo, aunque no esté sensiblemente presente. La segunda de estas ampliaciones depende fundamentalmente de la inteligencia. Puede llegar tan solo a la simpatía por el sufrimiento que se describe vívida y conmovedoramente, como en una buena novela. Por otra parte puede llegar tan lejos como para conmover emocionalmente a un hombre mediante la estadística. *Esta simpatía abstracta* es tan rara como importante. Casi todo el mundo se afecta hondamente cuando alguien a quien ama padece cáncer. La mayoría de la gente se conmueve cuando ve los sufrimientos de pacientes desconocidos en un hospital. Sin embargo, cuando leen que el porcentaje de muertes producidas por el cáncer es tal o cual, por regla general solo se sienten conmovidas por el temor momentáneo y personal de que ellos o alguien querido por ellos pueda contraer la enfermedad. Lo mismo sucede con la guerra. La gente piensa que es terrible cuando resulta mutilado un hijo o un hermano, pero no la considera un millón de veces más terrible por el hecho de que resulten mutiladas un millón de personas. Un hombre lleno de bondad en todos sus asuntos personales, puede extraer sus ingresos de la incitación a la guerra o de la tortura de niños en países "atrasados". Todos estos fenómenos familiares se deben al hecho de que la simpatía no se despierta, en la mayoría de los casos, por un mero estímulo abstracto. Una gran proporción de los males que aquejan al mundo moderno cesarían si pudiera remediarse esto. La ciencia ha incrementado grandemente nuestro poder para afectar la vida de gentes muy distantes, sin aumentar nuestra simpatía por ellas. Suponga que es usted accionista de una compañía que fabrica algodón en Shanghái. Puede ser usted un hombre muy ocupado, que no ha hecho más que seguir un consejo financiero al efectuar la inversión. Ni Shanghái ni el algodón le interesan a usted en absoluto, solamente le interesan los dividendos. Sin embargo, se convierte en una parte de esa fuerza que dirige las matanzas de gente inocente, y sus dividendos desaparecerían si no se obligase a tiernos niños a realizar un trabajo antinatural y peligroso. A usted no le importa, porque nunca ha visto a esos niños, y un estímulo abstracto es incapaz de conmoverlo. Esa es la razón fundamental por la cual resulta tan cruel el industrialismo en gran escala, y por la que se tolera la opresión de las razas sometidas. Una educación que produjese sensibilidad para estímulos abstractos, haría imposibles tales cosas.

La sensibilidad cognoscitiva, que también debe incluirse, es prácticamente lo mismo que el hábito de la observación, y esto se considera de manera más natural en relación con la inteligencia. *La sensibilidad estética* suscita una serie de problemas que no deseo discutir en esta fase. Por consiguiente, pasaré a la última de las cuatro cualidades que enumeramos, es decir, la **inteligencia.**

Uno de los grandes defectos de la moralidad tradicional ha sido la escasa estima que ha puesto en la inteligencia. Los griegos no erraron a este respecto, pero la Iglesia llevó a los hombres a pensar que nada importa, salvo la virtud, y la virtud consiste en abstenerse de una determinada lista de actos arbitrariamente tildados de "pecados". Mientras esa actitud persista, será imposible hacer comprender a los hombres que la inteligencia causa más bien que una "virtud" artificial y convencional. Cuando hablo de inteligencia, incluyo tanto el conocimiento real así como la receptividad para el conocimiento. Ambas cosas están, de hecho, estrechamente relacionadas. A los adultos ignorantes no se les puede enseñar; en cuestiones tales como la higiene o la dieta, por ejemplo, son totalmente incapaces de creer lo que la ciencia tiene que decir. Cuanto más ha aprendido un hombre, más fácil le será aprender aún más, suponiendo que no haya sido educado en un espíritu de dogmatismo. Las personas ignorantes nunca han sido inducidas a cambiar sus hábitos mentales, y han adquirido la rigidez de una actitud inmutable. No se trata solo de que sean crédulas cuando deberían ser escépticas, sino también de que se muestran incrédulas cuando deberían ser receptivas. Sin duda, la palabra "inteligencia" significa propiamente más bien una aptitud para adquirir conocimiento que el conocimiento ya adquirido; pero no creo que esta facultad se adquiera, si no es mediante el ejercicio, del mismo modo que las facultades de un pianista o de un acróbata. Naturalmente, es posible impartir información de forma y manera que no implique inteligencia; no solo es posible sino fácil, y se hace frecuentemente. Pero no creo que sea posible cultivar la inteligencia sin impartir información**,** o, por lo menos, hacer que se adquiera conocimiento. Y**,** sin inteligencia, nuestro complejo mundo moderno no puede subsistir, y menos aún progresar. Considero, por lo tanto, el cultivo de la inteligencia como uno de los fines principales de la educación. Esto pudiera parecer un lugar común, pero en realidad no lo es. El deseo de inculcar lo que se juzgan creencias correctas, ha hecho que los educadores se muestren con excesiva frecuencia indiferentes al cultivo de la inteligencia. Para que esto resulte claro, es preciso definir la inteligencia con un poco más de rigor, a fin de descubrir los

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

hábitos mentales que requiere. Con este fin, solo consideraré la aptitud para adquirir conocimiento, no el acervo de conocimientos actuales que podrían incluirse legítimamente en la definición de inteligencia.
El fundamento instintivo de la vida intelectual es la curiosidad, que se encuentra entre los animales, en su forma elemental. La inteligencia exige una *curiosidad alerta*, pero debe ser de cierta clase. Esa clase de curiosidad que impulsa a los vecinos de una aldea a atisbar a través de las cortinas después de anochecer, no tiene mucho valor. El difundido interés por los chismes está inspirado, no en la apetencia de conocimiento, sino en la malicia. Nadie comadrea respecto a las virtudes secretas de otras personas, sino solo acerca de sus vicios ocultos. Por consiguiente, la mayor parte de los chismes carecen de veracidad, pero se tiene buen cuidado de no verificar los pecados de nuestro prójimo, como los consuelos de la religión, son tan agradables que no nos detenemos a examinar las pruebas con atención. Por otro lado, la curiosidad llamada así con propiedad se inspira en una auténtica apetencia del conocimiento. Bajo una forma bastante pura**,** podemos ver funcionar ese impulso en un gato que llevado a una habitación extraña se pone a husmear todos los rincones y todos los muebles. También lo veremos en los niños, que se interesan apasionadamente cuando un cajón o una alacena, cerrados usualmente, se abren para inspeccionarlos. Los animales, las máquinas, las tormentas y todas las formas del trabajo manual, suscitan la curiosidad de los niños, cuya sed de conocimientos pone en vergonzoso aprieto al adulto más inteligente. Ese impulso se debilita con el paso de los años, hasta que por fin lo que no es familiar solo inspira disgusto, sin despertar el menor deseo de establecer un conocimiento más estrecho. Ese es el período en que la gente anuncia que' el país se está yendo al diablo, y que "las cosas no son lo que eran en mis tiempos". Lo que ya no ***es*** lo mismo que en aquellos lejanos tiempos es la curiosidad de quien habla. Y con la muerte de la curiosidad podemos dar por cierto que también ha muerto la inteligencia activa.

Pero, aunque la curiosidad pierde intensidad y extensión después de la infancia, puede mejorar de calidad durante largo tiempo. La curiosidad respecto a propósitos generales denota un más elevado nivel de inteligencia que la curiosidad respecto a hechos particulares. Hablando de manera muy amplia, cuanto más elevado sea el orden de la generalidad, mayor es la inteligencia implicada. (Sin embargo, esta regla no debe tomarse de manera demasiado estricta.) La curiosidad disociada de la ventaja personal denota un desarrollo más elevado que la curiosidad (digamos) por la probabilidad de alimentos. El gato que husmea por una habitación extraña no es un investigador científico absolutamente desinteresado, sino que probablemente también desea comprobar si hay ratones por allí. Quizá no sea del todo correcto decir que la curiosidad es óptima cuando es desinteresada, sino más bien que es óptima cuando la relación con otros intereses no es directa ni obvia, sino solamente susceptible de descubrir por medio de cierto grado de inteligencia. Este punto, sin embargo, no es necesario que lo decidamos nosotros.

Para que la curiosidad sea fructífera, debe estar asociada con cierta técnica para la adquisición de conocimientos. Debe haber hábitos de observación, creencia en la posibilidad de conocimiento, paciencia y laboriosidad. Estas cosas se desarrollarán por sí solas, dados el fondo original de curiosidad y la adecuada preparación intelectual. Pero, puesto que nuestra vida intelectual es solo una parte de nuestra actividad y puesto que la curiosidad está perpetuamente entrando en conflicto con otras pasiones, hay necesidad de ciertas virtudes intelectuales, tales como la amplitud de miras. Nos impermeabilizamos ante toda verdad nueva, tanto por costumbre como por deseo; nos resulta muy difícil dejar de creer lo que hemos creído a pie juntillas durante cierto número de años, y también lo que alimenta nuestra propia estimación o cualquier otra pasión fundamental. La amplitud de miras, por consiguiente, debe ser una de las cualidades que se proponga fomentar la educación. En la actualidad, esto solamente se verifica en escala muy reducida, como ilustra el siguiente párrafo tomado del ejemplar del *Daily Herald* correspondiente al 31 de julio de 1925:

"Un comité especial, nombrado para esclarecer los alegatos de subversión de las mentes infantiles en las escuelas de Bootle, por parte de sus maestros, ha entregado los resultados de su investigación al Concejo municipal de la población. El comité opinó que los alegatos fueron sustanciados, pero el Concejo suprimió la palabra «sustanciados» y declaró que «los alegatos daban pie para una indagación razonable». El Comité recomienda, y el Concejo acepta la recomendación, que al efectuarse los futuros nombramientos de maestros, éstos se comprometan a inculcar en los colegiales hábitos de reverencia hacia Dios y la religión, y de respeto hacia las instituciones civiles y religiosas del país."

Así, pues, suceda lo que quiera en otras partes, no habrá amplitud de miras en Bootle. Se abriga la esperanza de que el Concejo municipal envíe en breve una diputación a Dayton Tennessee, para ilustrarse mejor respecto a los métodos más convenientes para llevar a cabo su programa. Pero tal vez eso sea

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

innecesario. A juzgar por los términos de la resolución, parece como si Bootle no necesitase ninguna instrucción en cuanto a oscurantismo**.**

El valor es esencial para la probidad intelectual, así como el heroísmo físico. El mundo real es más desconocido de lo que nos agrada pensar; desde el primer día de nuestra existencia ponemos en práctica precarias inducciones, y confundimos nuestros hábitos mentales con las leyes de la naturaleza exterior. Hay toda suerte de sistemas intelectuales -cristianismo, socialismo, patriotismo, etcétera- que estas dispuestos, como otros tantos orfelinatos, a proporcionar seguridad a cambio de servidumbre. Una vida mental libre no puede ser tan cálida, confortable y sociable como una existencia envuelta en un credo; solamente un credo puede proporcionar la sensación de un recoleto rincón junto al fuego, mientras rugen fuera las tormentas invernales.
Esto nos lleva de la mano a una cuestión un tanto espinosa. ¿Hasta qué punto ha de emanciparse del rebaño una existencia justa y buena? Vacilo en utilizar la frase “instinto gregario”, porque hay controversias en cuanto a su corrección. Pero, cualquiera que sea la forma en que se interpreten, los fenómenos que describe son familiares. Nos complace estar en buenas relaciones con quienes percibimos que forman el grupo con el cual deseamos cooperar: nuestra familia, nuestros vecinos, nuestros colegas, nuestro partido político o nuestra nación. Esto es natural, porque no podemos obtener ninguno de los placeres de la vida sin cooperación. Además, las emociones son contagiosas, especialmente cuando las experimentan muchas personas al mismo tiempo. Muy pocas personas pueden estar presentes en un mitin apasionado sin apasionarse a su vez; si son adversarios, su oposición se hace apasionada. Y, para la mayoría de las personas, tal oposición solo es posible cuando son capaces de encontrar apoyo en la idea de que una multitud diferente les daría su aprobación. Esa es la razón de que la Comunión de los Santos haya proporcionado tanto alivio a los perseguidos. ¿Debemos aquiescer en este deseo de cooperación con una multitud, o debe tratar de debilitarlo nuestra educación? Hay argumentos para todos los gustos, y la respuesta justa debe consistir en hallar una justa proporción, no en una decisión incondicional en favor de una cualquiera de las partes.

Pienso que el deseo de agradar y cooperar debe ser fuerte y normal, pero susceptible de ser dominado por otros deseos en determinadas ocasiones importantes. Lo deseable del deseo de agradar ya ha sido considerado en relación con la sensibilidad. Sin ese deseo, seríamos todos unos patanes, y serían imposibles todos los grupos sociales, desde la familia hacia arriba. La educación de los niños sería muy difícil si no desearan merecer la buena opinión de sus padres. El carácter contagioso de las emociones también tiene su utilidad, cuando el contagio se produce de una persona sabia y prudente a otra persona necia, Pero, en el caso de un temor pánico o una ira desorbitada, es naturalmente el reverso de lo útil. Así, pues, la cuestión de la receptividad emocional no es en modo alguno sencilla. Ni siquiera en materias puramente intelectuales está clara la cuestión. Los grandes descubridores han tenido que soportar a la grey, e incurrir en hostilidad por su independencia. Pero las opiniones del hombre medio son mucho menos necias de lo que serían si pensara por sí mismo; al menos en el terreno de la ciencia, su respeto por la autoridad es, en conjunto, beneficioso.

Creo que en la vida de un hombre cuyas circunstancias no sean excepcionales, debe haber una gran esfera en donde reine lo que se denomina vagamente instinto gregario, y una pequeña esfera en la cual no penetre. La esfera pequeña contendrá el campo de su competencia especial. Yo pienso mal de un hombre que no sea capaz de admirar a una mujer, a menos que también la admire todo el mundo. Consideramos que, para la elección de esposa, el hombre debe guiarse por sus propios sentimientos independientes, no por un reflejo de los sentimientos de su sociedad. No importa que los juicios de la gente en general coincidan con los de sus vecinos, pero cuando se enamore debe dejarse guiar por sus propios sentimientos independientes. Lo mismo tiene aplicación en otras direcciones. Un granjero debe seguir su propio criterio en cuanto a las posibilidades de los campos que cultiva aunque su juicio deba formarse después de haber adquirido un conocimiento de la agricultura científica. Un economista debe formarse un juicio independiente respecto a cuestiones monetarias, pero un mortal corriente haría mejor dejándose guiar por la autoridad. Siempre que haya una competencia especial, debe haber independencia. Pero el hombre no debe convertirse en una especie de erizo, todo púas para mantener al mundo a distancia. El grueso de nuestras actividades ordinarias debe tener carácter cooperativo, y la cooperación debe apoyarse en una base instintiva. Sin embargo, todos debemos aprender a pensar por nosotros mismos sobre cuestiones que nos sean particularmente conocidas, y todos debemos adquirir el valor suficiente para manifestar opiniones impopulares, cuando creamos que son importantes. Naturalmente, la aplicación de estos principios tan amplios a casos especiales puede resultar difícil. Pero será

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

menos difícil de lo que es actualmente, en un mundo donde los hombres tengan corrientemente las virtudes que hemos venido considerando en este capítulo. El santo perseguido, por ejemplo, no existiría en un inundo semejante. El hombre justo y bueno no tendría ocasión de erizarse o cohibirse; su bondad resultaría de seguir sus impulsos, y se combinaría con la felicidad instintiva. Sus vecinos no le odiarían, porque no le temerían; el odio a los pioneros se debe al terror que inspiran, y este terror no existiría entre hombres que hubiesen adquirido la cualidad del valor. Solo un hombre dominado por el temor se unirá al Ku Klux Klan o a los fascistas. En un mundo de hombres intrépidos, no podrían existir tales organizaciones persecutorias, y una vida buena y justa ofrecería mucha menos resistencia al instinto de la que ofrece ahora. Un mundo bueno solamente pueden crearlo y sostenerlo hombres sin miedo, pero cuantos más éxitos cosechen en su tarea, menos ocasiones tendrán de ejercitar su valor

Una comunidad de hombres y mujeres que poseyeran vitalidad, valor, sensibilidad e inteligencia, en el más alto grado que pueda proporcionar la educación, sería muy diferente de cuanto ha existido hasta la fecha. Muy pocas personas serían desdichadas. Las principales causas e infelicidad en el presente son: la falta de salud, la pobreza y una vida sexual insatisfactoria. Todas estas causas serían sumamente raras. La buena salud podría ser casi universal, y hasta podría posponerse la ancianidad. La pobreza, desde la revolución industrial, no se debe más que a la estupidez colectiva. La sensibilidad haría que la gente deseara abolirla, la inteligencia les mostraría el camino, y el valor les llevaría a adoptarlo. (Una persona tímida optaría más bien por seguir siendo desgraciada antes que hacer algo insólito.) La vida sexual de la mayoría de la gente, en la actualidad, es más o menos insatisfactoria. Esto se debe en parte a una mala educación, en parte a la persecución por parte de las autoridades y de la señora Grundy. Una generación de mujeres educadas sin irracionales temores sexuales, pronto pondría fin a esto. Se ha tenido al temor como el único medio en paz de hacer “virtuosas” a las mujeres, y se les ha enseñado deliberadamente a ser cobardes, tanto física como mentalmente. Las mujeres en quienes el amor está agarrotado, fomentan la brutalidad y la hipocresía en sus maridos, y deforman los instintos de sus hijos. Una generación de mujeres sin miedo podría transformar al mundo, trayendo al mismo una generación de niños sin miedo, no retorcidos en formas antinaturales, sino derechos y cándidos, generosos, cariñosos y libres. Su ardor barrería la crueldad y el dolor que padecemos, porque somos indolentes, cobardes, duros de corazón y estúpidos. Es la educación la que nos da estas malas cualidades, y es la educación la que debe darnos las virtudes opuestas. La educación es la clave del mundo nuevo.

(On Education, Londres: Allen & Unwin; *Education and the **Good** Lije,* Nueva York: Boni & Liveright, 1926.) [J.G.P.]

SINTESIS

La educación es en base a los resultados que queremos conseguir.

Los educadores capaces han conseguido hacer funcionar la educación en base a un resultado deseado.

Lo que la educación debe producir es la creencia de que el conocimiento es asequible en cierta medida, aunque con dificultad. (Lo que se da como conocimiento en un momento dado es probable que esté más o menos en el error, pero que el error puede rectificarse mediante el cuidado y la laboriosidad)

El administrador del futuro debe ser un servidor de ciudadanos libres, no un gobernante benévolo de súbditos admirativos. Con más simpatía imaginativa, más flexibilidad intelectual, menos creencia en el valor de bull-dog, y más fe en el conocimiento técnico.

EJEMPLOS Y CARACTERÍSTICAS DE DIFERENTES SISTEMAS EDUCATIVOS:

Escepticismo Chino: El Escepticismo probablemente cause estabilidad y arte, pero no progreso o ciencia.

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

Todo puede discutirse, pero es un poco vulgar llegar a conclusiones demasiado ciertas. Las opiniones debían ser de tal índole que pudieran discutirse agradablemente en el curso de una cena, no de otra clase que impulsa a los hombres a luchar por ellas.

En un mundo moderno que es unificado por los inventos modernos; Sin *energía* (vigorosidad de los individuos) no puede haber auto conservación nacional, y sin la ciencia es imposible la democracia. La civilización china estuvo reducida al reducido porcentaje de hombres educados.

Educación Japonesa: Su función en el siglo XX (1900) fue producir ciudadanos del estado, por medio del adiestramiento de las pasiones, y ser útiles mediante los conocimientos adquiridos. Su meta es la auto conservación. (Solo una situación desesperada podría haber justificado tales métodos educativos)

La educación japonesa, fue energética y dogmatica. (Energética para poder conservarse, y dogmática para adiestrar las pasiones).

El dogma deriva en tiranía ética, y la tiranía ética (el nacionalismo, piedad filial, el culto al Mikado) debe poder ser puestas en tela de juicio, para poder tener algo de progreso. El gran peligro de su inflexibilidad radica en que puede provocar la revolución como único medio de progreso.

Educación Jesuita: Su meta fue fomentara la institución católica, ya que la iglesia es la única capaz de salvar las almas del infierno. El fallo es que la educación no puede dedicarse solamente a fomentar una institución.

Sistema aristocrático británico de educación de internados: Es sistema del doctor Arnold es Enérgico, estoico, físicamente apto, imbuido de ciertas creencias inalterables, con altos principios de rectitud, y convencido de que tenía una importante misión en el mundo.

Se sacrificó a ellos el intelecto, porque el intelecto podría producir la duda. Se sacrificó también la simpatía, porque podía inmiscuirse en la forma de gobernar a razas o clases “inferiores” la bondad fue asimismo en aras de la dureza; la imaginación, en aras de la firmeza

Educación pública homogenizadora americana. Función, homogenizar diferentes razas en una nación homogénea.

Homogenizar no es un ideal a seguir en la educación, aunque se haya justificado en América bajo circunstancias especiales.

Del grupo de inmigrantes, los padres admiran a América por sus meritos; entre ellos un sentimiento generalmente difundido de democracia y un avanzado estado de técnica industrial. Los hijos admiran a Norteamérica por la enseñanza escolar, y esta es la enseñanza patriótica que analizamos.

En esta enseñanza, está el desdén hacia la excelencia auténtica. Se desdeña el arte y el intelecto Europeos. Así también como la superstición teológica, con excepción de España y Portugal.

Esto repercute en que la dominación gregaria sea mayor en Norteamérica, en cuanto a libertad interior. Su libertad política es mayor a su libertad interior.

Esta reducción de libertades causan daño, y este daño es causado por ver a los alumnos como un fin, el del patriotismo americano.

CUALIDADES DE LA EDUCACIÓN Y DEL EDUCADOR.

Como regla general muy amplia, una comunidad de hombres y mujeres que sean intrínsecamente excelentes producirá mejores efectos que otra compuesta por personas que sean ignorantes y malévolas.

Los medios que producen las personas son inciertos a largo plazo, pero si procuramos la excelencia de los individuos, esto producirá mejores efectos.

Ni el carácter ni la inteligencia se desarrollarán tan bien ni tan libremente si el maestro carece de amor, y este amor se origina en percibir al niño como un fin, no como un medio.

Generalmente deseamos para nosotros las cosas buenas, sin exigir primero una prueba de que se fomentará algún gran propósito al obtener aquéllas.

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

La propaganda que incita a la guerra frívola, carece claramente de este difuso sentimiento paternal.

No es suficiente amar, sino tener una concepción justa de la excelencia humana. He aquí, a consideración de Russell, las cualidades universales de lo excelente en hombres y mujeres.

CARACTERÍSTICAS DE UN CARÁCTER UNIVERSAL IDEAL. VITALIDAD, VALOR, SENSIBILIDAD E INTELIGENCIA.

Vitalidad

Características de la **vitalidad**:

- Es una cualidad fisiológica, presumiblemente, siempre está presente allí donde hay perfecta salud.
- Ocasiona que sea un placer sentirse vivo por sí mismo.
- Aumenta el placer y aminora el dolor.
- Fomenta el interés por el mundo exterior.
- Es un buen remedio contra la envidia.

Valor

El valor funciona contra el miedo irracional.

Es esencial para la probidad intelectual, así como el heroísmo físico. El mundo real es más desconocido de lo que nos agrada pensar; desde el primer día de nuestra existencia ponemos en práctica precarias inducciones, y confundimos nuestros hábitos mentales con las leyes de la naturaleza exterior

El valor que Russel sugiere es una combinación de respeto propio con un concepto impersonal de la vida.

La “humildad” suprimía el respeto propio, pero no el deseo de ser objeto del respeto de los demás. En el caso del santo ascético, sin respetar su yo y habiendo renunciado al placer para sí mismo, el santo ascético también renuncia al placer para los demás, lo cual es más fácil. Persiste soterrada la envidia, y le lleva a adoptar el punto de vista de que el sufrimiento es ennoblecedor y que, por lo tanto, puede infligirse legítimamente. De aquí nace una total inversión de valores: lo que es bueno se tiene por malo y lo que es malo se tiene por bueno.

Un concepto impersonal de la vida sirve para ir más allá de sí mismo. (Esto requiere valor, pero no estoy seguro de que tipo sugiere Russell. ¿ideas?)

La inmensa mayoría de los miedos tienen su origen en la experiencia o la sugestión. Los miedos se aprenden de los padres.

Tradicionalmente, las aristocracias han sido educadas para no manifestar temor, mientras las naciones, las clases y el sexo sometidos han sido estimulados para persistir en la cobardía.

El Amor Paternal nos lleva más allá del Yo.

Alguien que se interese más en lo externo lleva mejor su existencia que un hipocondriaco que solo se limita a sus propias dolencias.

El hombre que no se desprecia a sí mismo, pero que sabe que el mundo es mucho más valioso. (A mi manera de ver, esta cualidad también hace interesante a las personas valerosas, ya que su percepción del mundo es mayor)

Este concepto impersonal de la vida requiere un instinto libre y activa la inteligencia.

Valor frente a los demás

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

Cooperación: El deseo de agradar y cooperar debe ser fuerte y normal, pero susceptible de ser dominado por otros deseos en determinadas ocasiones importantes. Los grandes descubridores han tenido que soportar a la grey, e incurrir en hostilidad por su independencia.

El grueso de nuestras actividades ordinarias debe tener carácter cooperativo, y la cooperación debe apoyarse en una base instintiva. Sin embargo, todos debemos aprender a pensar por nosotros mismos sobre cuestiones que nos sean particularmente conocidas, y todos debemos adquirir el valor suficiente para manifestar opiniones impopulares, cuando creamos que son importantes

Sensibilidad

La sensibilidad es un correctivo del mero valor. La conducta valerosa es más fácil para el hombre que no se percata de los peligros, pero semejante valor puede a menudo ser estúpido. No podemos considerar satisfactoria ninguna manera de actuar que dependa de la ignorancia o el olvido.

La sensibilidad consiste en la cualidad de ser afectado agradablemente, o a la inversa, por muchas cosas, y por las cosas adecuadas.

El deseo de *aprobación social* es muy generalizado. Estimula una conducta agradable, y restringe los impulsos de avidez. Pero mientras los objetos de admiración sean inadecuados, como el de admirar al que haya matado mayor número de gentes, la apetencia de admiración por si sola no es adecuada para una existencia justa y buena.

Hay dos categorías de la **simpatía**.

Física: Como la de un niño que llora por que ve a su hermano llorar.

Abstracta: Poder conmover a un hombre mediante la interpretación de información abstracta.

La gente se conmueve al ver los hospitales llenos de desconocidos enfermos, pero no es lo mismo si lee acerca de tal o cual porcentaje de enfermedades en su país.

Un hombre lleno de bondad en todos sus asuntos personales, puede obtener todos sus ingresos de la incitación a la guerra o de la tortura de niños en países “atrasados”.

Estos fenómenos familiares se deben al hecho de que la simpatía no se despierta, en la mayoría de los casos, por un mero estímulo abstracto

La ciencia ha incrementado grandemente nuestro poder para afectar la vida de gentes muy distantes, sin aumentar nuestra simpatía por ellas

Otro caso donde la simpatía abstracta es importante en nuestra sociedad, es en la inversión sin ética. Esta inversión afecta la calidad de vida de terceras personas. Un hombre lleno de bondad en todos sus asuntos personales, puede obtener todos sus ingresos de la incitación a la guerra o de la tortura de niños en países “atrasados”.

En el mundo actual la ciencia ha incrementado grandemente nuestro poder para afectar la vida de gentes muy distantes, sin aumentar nuestra simpatía por ellas

Inteligencia

Es el conocimiento real así como la receptividad para el conocimiento.

Aptitud para adquirir conocimiento. Es curiosidad abierta y apetencia de conocimientos. Para que la curiosidad sea fructífera, debe estar asociada con cierta técnica para la adquisición de conocimientos

¿Cuáles son las técnicas para la adquisición de conocimientos? Hábitos de observación, Creencia en la posibilidad de conocimiento, paciencia, y laboriosidad.

Una virtud intelectual es tener amplitud de miras.

La Iglesia llevó a los hombres a pensar que nada importa, salvo la virtud, y la virtud consiste en abstenerse de una determinada lista de actos arbitrariamente tildados de “pecados”.

Generated by Foxit PDF Creator © Foxit Software
http://www.foxitsoftware.com For evaluation only.

El deseo de inculcar lo que se juzgan creencias correctas, ha hecho que los educadores se muestren con excesiva frecuencia indiferentes al cultivo de la inteligencia

Escenario posible de estas cualidades.

La *buena salud* podría ser casi universal, y hasta podría posponerse la ancianidad. *La pobreza*, desde la revolución industrial, no se debe más que a la estupidez colectiva. La sensibilidad haría que la gente deseara abolirla, la inteligencia les mostraría el camino, y el valor les llevaría a adoptarlo.